

SIN NINGUNA IMPORTANCIA

EN el momento que los calores estivales comienzan a declinar, la temperatura entra en un grado de exquisita dulzura. Nos apresuramos, con una alegría muy discreta, a incorporarnos a la vida activa suspensa o casi suspensa hasta entonces por la laxitud del verano. Es en este momento cuando solemos decir que vamos a entrar, si no hemos entrado ya, en el otoño. Aquí tenemos otra temporada que nos ofrece sus atractivos.

Podemos, pues, elegir un sitio agradable donde pasar unos días. Lo necesitamos, además, para templar nuestros nervios. Tendremos que ir a un punto próximo de la meseta central. ¿Dónde? Hay muchas gentes que se acomodan por Extremadura; nosotros, podemos hacer lo mismo.

Nos instalaremos, gracias a la bondad de nuestros amigos, en una confortable casa de campo. Nos hallaremos bien lejos de las pequeñas aldeas porque en estas tierras los pueblos se sitúan muy lejos unos de los otros. Se encontrará seguramente muy cerca de la sierra cuajada de frondosos jarales y madroñeras que van rodeando al picacho más alto. Este será un macizo pedregoso donde, durante el día, se posarán las águilas oteando sus presas y, por la noche, harán la guardia, con sus ojos encendidos y sus ruidos de dientes, los lobos. Hasta entonces no llegaremos a comprender, con toda su intensidad dramática, el terrible cuento de Caperucita. No obstante, nosotros sabemos que todas las casas de campo atrancan de noche perfectamente sus puertas y no hay, por lo tanto, miedo a nada. Además, ¿ni para quitarnos este temor van a servirnos las escopetas de caza que hemos de llevar?

Aprenderemos a hacer las migas. Muy de mañana, mejor todavía por las noches, se corta el pan en finas rebanadas. Se hace una buena lumbrera, al apuntar el día, con taramas y jaras secas y a los lados se colocan dos grandes troncos de encina. El fuego se hace en el suelo de la cocina que tiene para ello, una gruesa y amplia pieza cuadrada de piedra. Sobre las trébedes se pondrá un caldero con el aceite necesario y mientras se habrá rociado con agua, revolviéndolo, todo el pan rebanado. Cuando está bueno el aceite, se echará el pan al que, con una espátula de madera, se le pica, sin dejar de moverlo, para que se fría por todas las partes. Finalmente se le aplasta como si se fuera a hacer una tortilla y con un pequeño giro de muñecas se le hace dar una vuelta en el aire de suerte que la base quede ahora arriba y viceversa. Se vuelve a picar todo y, cuando esté bien frito, las migas estarán en condiciones de hacer los honores a un buen tazón de chocolate, a unas hermosas longanizas o a un abundante plato de frescas y olorosas sardinas fritas, con perdón sea dicho del ácido úrico y de las endiabladadas dispepsias.

Ahora podemos dedicarnos, en todo el día, al noble ejercicio de

la caza. Bien provisto de un traje de circunstancia y de unas cómodas botas de anca de potro bien engrasadas, sobre las que descansarán las polainas, nos echaremos a andar por esos vericuetos de Dios. En los valles, alrededor de los junciales y de las escoberas, debemos estar bien alerta con la escopeta entre los brazos y a punto de tiro porque nos saldrán, si es que no se nos han quedado atrás riéndose de la broma que nos han gastado, las liebres y algún conejo retozón. He disparado varias veces, es cierto, pero casi siempre me han salido las liebres atravesadas. Hasta ahora, podríamos determinar, con cálculos más o menos laboriosos, la velocidad que lleva la munición, pero, ¿existe alguna fórmula que nos haga conocer la de una liebre que ve su vida en peligro? Pues ahí está la dificultad y juntamente mi exculpación.

Hemos de recordar que si queremos tirar a las perdices, el tiro más bonito de todos, debemos caminar a media falda. Son justamente las once. Sobre nuestro frente, se extienden unas suaves ondulaciones cubiertas de verde y húmeda yerba. Se oyen las esquilas de las ovejas y el inocente berrear de los recentales y en este dulce momento de verdadero éxtasis, el sol es una donación generosa del cielo. Me desuelgo la cantimplora y ofrezco un vaso de vino al guarda; yo, bebo otro con verdadera fruición. ¡Qué hermosa es la vida!, me digo.

Y de pronto, apenas iniciada otra vez la marcha, saltan nuestros nervios al escuchar un extraño y fuerte ruido producido por un furioso batir de alas muy próximo a nosotros. Pichú... Pichú... se oye mientras vuela el par en dirección del ribero. ¡Púm!... ¡púm!... Hemos disparado los dos cañones con resultado negativo. A criar, se han ido a criar. ¡Benditas de Dios sean!

Sin embargo, no creo que porque hayamos disparado ya cerca de una veintena de cartuchos sin cobrar una pieza haya sobrados motivos para no seguir adelante. Vamos al río. En el río, nos apostaremos a ver si, por fin, somos capaces de matar algo. Llevamos media hora larga de espera cuando veo ante mí a un gracioso conejo amonado. Amonado quiere decir que se halla sentado sobre las patas, con las manos en alto atusándose los bigotes y lavándose el hocico con su salivita. ¡Pobrecillo! Le apunto al pecho como si se tratase de un forajido criminal y le doy al gatillo. Cuando suena la detonación, le veo cruzar indemne, y a todo gas, por mi derecha, pero el guarda me hace señas. En efecto, en la misma orilla del río sufre sus últimas convulsiones otro conejo. Yo, la verdad, me hago un lío y no sé qué significa esto. Al fin, una idea luminosa me hace explicar que interpuestos los dos conejos en la misma línea tiré entre los dos para buscar la carambola. Había caído el más lejano.

En este punto, me parece que el guarda se sonríe socarronamente. Yo no me doy por enterado y sólo quisiera en este momento que viniera un fotógrafo a registrar este hecho histórico con el cual envenenaría de cruel envidia a mis amigos los de la tertulia del café.

Así es como, según hemos oído decir, se ha escrito algunas veces la Historia.

MARIANO E. CARDENAL